

# Lecciones aprendidas y olvidadas de la pandemia

*Agustín Serrano de Haro. Filósofo titular del CSIC*



El título está construido con participios de pasado cuando la pandemia es a día de hoy un presente confuso que hace difícil discernir aprendizajes y olvidos. Por ello, ofrezco una serie de reflexiones personales sobre el acontecimiento y sobre las renovaciones que sí parece reclamar

## Algunas reflexiones acerca de lo ocurrido

1. La pandemia ha sido un suceso inesperado que se ha vuelto ya inolvidable. Es decir, se trata de un verdadero acontecimiento, pues éstos, ya sean personales, ya colectivos, se caracterizan por la concurrencia de esos dos rasgos: lo imprevisto que resulta inolvidable (Jean Louis Chrétien).
2. La pandemia afecta a los cuerpos y las amenazas de daño y muerte, a la vez que afecta y conmueve el mundo que los humanos compartimos. Incumbe de manera distinta a los cuerpos humanos, pero ha cambiado para todos el aspecto del mundo en que vivimos y nos movemos, el entorno que percibimos y que era suelo seguro de nuestros quehaceres y proyectos. A este mundo en sentido básico llamó el filósofo Husserl "mundo de la vida". El proceso que daña a los cuerpos y altera el mundo de la vida es difícil de visualizar, resulta como un acontecimiento sin imagen.
3. El mundo de la vida es a la vez un espacio físico y un orden humano, realidad material y trama de orientación y de convivencia. Y el acontecimiento ocurrido es, igualmente, natural-material y social e histórico; de base física o biofísica (un virus), incide en la sociedad en todas sus dimensiones. Solo en el mundo globalizado e hiperconectado del siglo XXI podía alcanzar una infección el impacto enorme y la difusión catastrófica que de hecho ha tenido.
4. Esta pandemia inesperada se asocia, con naturalidad, de forma espontánea, a la trayectoria convulsa del siglo XXI. Éste se miró o se saludó en algún momento con la ilusión de un final pacífico de la Historia y una disolución de las ideologías en pugna. Pero una serie de acontecimientos catastróficos, que empezaron con el atentado de las Torres gemelas, que siguieron con la Gran Recesión 2008-2012, parece desembocar ahora en la pandemia COVID-19 como una suerte de dolencia universal.
5. Lo abrupto del suceso tiene que ver también con que la conversación en las sociedades avanzadas y en el imaginario cultural, antes de marzo de 2020, "estaba a" otros asuntos, pensando en otras posibilidades. Un best-seller mundial

planteaba que el Homo sapiens, que ya ha dominado la Tierra y determinado la era geológica del Antropoceno, se halla en condiciones de convertirse en Homo deus merced al progreso tecnológico, al biomejoramiento y a la ingeniería artificial: postergará el envejecimiento, sustituirá órganos por piezas de diseño, introducirá ordenadores en el organismo, etc. Cuando estábamos conversando sobre la superación de la condición humana, sobre el llamado “trashumanismo”, “nos hemos encontrado con que sin cuerpo no somos y con él somos mortales” (A. Diéguez)

## **Algunas reflexiones sobre crisis y renovación**

1. Somos comunidades de riesgo, vivimos en una “sociedad del riesgo global”. Este concepto del sociólogo Ulrich Beck coincide con la visión de Hannah Arendt de que en esta segunda Modernidad los humanos “actuamos por la ciencia y por la tecnología”; generamos procesos imprevisibles que tienen aspectos incontrolables y que afectan a todos –“la pobreza era jerárquica, pero la contaminación es democrática”-. Estamos habituados a una ilusión de control aun en medio de accidentes sin posible indemnización.

2. En el único mundo de la vida, que compartimos en riesgo, nos sigue faltando-fallando “un nosotros” efectivo y visible, propicio, real, capaz de afrontar las urgencias y desafíos del presente. El vínculo activo-operativo-solidario entre los humanos sigue faltando-fallando. Estaremos en la era del Antropoceno, pero no hay Humanidad como sujeto solidario de esta Historia o está en precario. No hay el lazo, en parte consciente, en parte político, de la comunidad humana.

Los dos modelos de articulación de la idea de Humanidad que tienen más aceptación parecen insuficientes. El modelo racionalista de progreso, de una Historia que se va globalizando sobre el patrón del ser humano occidental y que ve en la racionalidad científica y dominante de Occidente la instancia que da unidad al género humano, está desacreditado por su propia Historia (en especial en el siglo XX). Pero el modelo alternativo, biologicista, que contempla la humanidad como especie animal y remite la unidad a la pertenencia a la especie, tampoco escapa a las dudas: esta comunidad de la especie siempre se supo, incluso en la esclavitud y el racismo; no se ve cómo ella podría contestar a la valoración de que para el ecosistema global sería mejor la extinción de esta especie; no se ve cómo tendría vigencia el modelo cuando exija medidas dispares a individuos y culturas distintas (como ya ocurre con el cambio climático).

3. En medio del acontecimiento penoso, en especial en lo más duro del desconcierto inicial, personas, grupos y organizaciones han experimentado y practicado que no hay alternativas a la solidaridad cívica de seres vulnerables y vulnerados. La solidaridad organizada a escala humana (Iglesias, ONGs, asociaciones, redes vecinales) ha funcionado antes y más creativamente que las instituciones y que una Administración descolocada. Ha comparecido en medio del quebranto, haciendo la experiencia del desbordamiento y añadiendo la posibilidad de iniciativa en el desbordamiento. El personal sanitario, muchos trabajadores en puestos modestos, que se volvían imprescindibles, muchas personas individuales, han redescubierto también el sentido de una acción que tiene mucho de “cuidado del mundo” (Arendt) desde el cuidado a la propia corporalidad de los vivientes y que se lleva a cabo en precariedad inevitable.

4. La desgracia colectiva llama, con más fuerza, a la renovación, hace sentir lo legítimo y lo necesario de este impulso compartido. El anhelo de renovación suele ser la lección antes olvidada; enseguida quedará desatendido, tapado con la vuelta a alguna normalidad, y no se entenderá como el rayo de lucidez que la situación límite o de riesgo destaparon. Pero la renovación ético-política conecta además con una necesidad también muy viva de renovación teórica. Ambas convergen. No basta con anotar las deficiencias del discurso humanista-progresista o de la comunidad de la especie, ni el salto en el vacío de las profecías trashumanistas. La cuestión de quiénes somos en primera persona del plural y de quién soy yo en primera del singular, y cómo en uno y otro caso lo sabemos o lo sé, a partir de qué fuentes y con qué valor y finalidad, requieren a una atención más continuada, a una nueva lucidez compartida.